

1-1-2017

Teoría pictórica de tractatus a la luz de los juegos del lenguaje de las investigaciones filosóficas

Luis Felipe Rios Gonzales

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras

Citación recomendada

Rios Gonzales, L. F. (2017). Teoría pictórica de tractatus a la luz de los juegos del lenguaje de las investigaciones filosóficas. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/78

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Facultad de Filosofía y Humanidades at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

***TEORÍA PICTÓRICA DE TRACTATUS A LA LUZ DE LOS JUEGOS
DEL LENGUAJE DE LAS INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS***

LUIS FELIPE RIOS GONZALES

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
PROFESIONAL EN FILOSOFÍA Y LETRAS
BOGOTÁ D. C., MAYO DE 2017**

***TEORÍA PICTÓRICA DE TRACTATUS A LA LUZ DE LOS JUEGOS
DEL LENGUAJE DE LAS INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS***

LUIS FELIPE RIOS GONZALES

**Trabajo de grado como requisito para optar al título de
PROFESIONAL EN FILOSOFÍA Y LETRAS**

DIRECTOR

ALFONSO CABANZO VARGAS

UNIVERSIDAD DE LA SALLE

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

PROFESIONAL EN FILOSOFÍA Y LETRAS

BOGOTÁ D. C., AGOSTO DE 2016

UNIVERSIDAD DE LA SALLE

DECANO FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

HERNANDO ARTURO ESTEVEZ CUERVO

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN:

FILOSOFÍA ANALÍTICA

TEMA DE INVESTIGACIÓN:

FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

DIRECTOR TRABAJO DE GRADO:

ALFONSO CABANZO VARGAS

BOGOTÁ D. C., AGOSTO DE 2016

Resumen

En este escrito pretendo defender la idea de una lectura de la teoría pictórica o figurativa que Wittgenstein propone en el *Tractatus Logico-Philosophicus* a la luz de su pensamiento tardío, desarrollado principalmente en las *Investigaciones Filosóficas*. Según mi interpretación, la teoría pictórica puede ser leída bajo la noción del Juego de lenguaje que aparece en esta última obra. El argumento de mi tesis es que la idea de pureza cristalina, que cautivó al Wittgenstein del *Tractatus*, hace parte de la forma de vida imperante en su época y que cultivó el terreno para que la idea de lenguaje como representación de la realidad fuera el juego de lenguaje imperante en su contexto. La estrategia utilizada será, por un lado, una revisión detallada de la ontología del *Tractatus* y por el otro, una posterior comparación con las principales nociones del pensamiento tardío del filósofo austriaco.

Abstract

On this paper I claim for an interpretation of the picture theory exposed in the *Tractatus Logico Philosophicus* by Wittgenstein, according to which it can be read under the light of his later thinking, mainly developed on his *Philosophical Investigations*. I say that the picture theory can be understood, with the so-called language game theory as a lecture key, as an instance of a determined language game product of the cultural and intellectual weather of the beginning of 20th century. My argument is that the crystal pure ideal, which kept Wittgenstein ideologically captive, is part of the dominant form of life of his time and that fact cultivated the soil on which the idea of language as a representation of the reality becomes the most popular language game on his context. My strategy will be, on one hand, to make a detailed explanation of the *Tractatus* ontology and, on the other hand, to advance a comparison of the concepts involved on that ontology with the main notions of Wittgenstein's later thinking.

Tabla de contenido

| | |
|--|----|
| Introducción | 1 |
| Capítulo 1: La ontología del Tractatus | 5 |
| 1.1 Sobre la necesidad de la existencia de los objetos simples..... | 6 |
| 1.2 Teoría pictórica: Forma Lógica, Espacio Lógico e Isomorfismo..... | 15 |
| 1.2.1 Forma lógica y Espacio lógico..... | 15 |
| 1.2.2 Isomorfismo lógico..... | 19 |
| 1.3 Propositiones lógicas y proposiciones empíricas en el <i>Tractatus logico-philosophicus</i> | 25 |
| | |
| Capítulo 2: El concepto de Juego de Lenguaje | |
| | |
| 2.1 Forma de vida, proposiciones empíricas y gramaticales en el contexto del pensamiento tardío de Wittgenstein..... | 29 |
| 2.2 El concepto de Juego de Lenguaje (<i>JL</i>)..... | 35 |
| | |
| Capítulo 3: Epílogo y conclusiones | |
| 3.1 Juegos de lenguaje y la nueva concepción de la filosofía..... | 39 |
| 3.2 Conclusiones..... | 45 |
| | |
| Bibliografía | 50 |

Introducción

La historia de la ciencia muestra cómo se ha solidificado en la tradición filosófica la imagen del lenguaje como espejo de la realidad, esto es, la idea de que la función de las palabras en el lenguaje es la de representar los objetos de la realidad. Se puede decir, por tanto, que el estatuto epistemológico por excelencia del conocimiento científico defendido por el positivismo lógico la época del primer Wittgenstein es ese que valida sus postulados vía verdad como correspondencia: lo verdadero es lo que corresponde con la realidad y este debe ser el límite del pensamiento y del discurso sobre el mundo, temas centrales, como es sabido, tanto en la epistemología, como en la ontología expuestas en *Tractatus Logico-Philosophicus (TLP)*.

El objetivo general de esta monografía es mostrar que la formulación de la teoría pictórica del TLP se puede entender como el resultado de la profunda impresión que causó en Wittgenstein un juego de lenguaje que hizo carrera en la ciencia, la filosofía y la lógica de su época. Este juego de lenguaje promovió y consolidó, no sólo en Wittgenstein si no en sus principales influencias, una visión según la cual la principal función de las palabras y de las proposiciones –casi que la única- era la de representar los objetos y las combinaciones de objetos de la realidad. Para ello defenderé la idea de que hay una continuidad entre la bien llamada teoría pictórica del lenguaje que propone Wittgenstein en su primera obra y la llamada, en ocasiones, “teoría de los juegos del lenguaje” a la que se dedicó en la segunda parte de su vida filosófica. Esta continuidad consiste, grosso modo, en mostrar cómo la distinción entre decir y mostrar, fundamental en ambos periodos de su pensamiento, está

operando tanto en el desarrollo de la noción de juego de lenguaje desarrollada en las *Investigaciones Filosóficas (IF)* y en *Sobre la Certeza (SC)*, como en la ontología del Tractatus que postula la idea de que las características formales (lógicas) del lenguaje se *muestran* en el hecho mismo de la representación figurativa. Así, se verá por un lado, que esta distinción aparece en los pensamientos del que algunos comentaristas han decidido llamar el “Wittgenstein naturalista”¹ –y que corresponde al segundo periodo de su pensamiento- bajo la diferenciación entre dos tipos de proposiciones: las empíricas y las gramaticales, mientras que, por el otro lado, en el Tractatus Wittgenstein traza esa misma distinción llamando a unas proposiciones lógicas y a otras empíricas. En ambos casos (El del TLP y de las IF-SC) unas proposiciones se diferencian de otras por el papel que juegan en nuestros contextos discursivos: las empíricas tienen el rol de decir algo sobre el mundo y las lógicas o gramaticales cumplen con el rol de mostrar (sin decirlo) cómo operan ciertos términos o conceptos en el lenguaje. Por ejemplo, en SC esta distinción aparece continuamente en la crítica de Wittgenstein a la famosa refutación del escepticismo que hace G.E. Moore en su “Prueba del mundo exterior” cuando es acusado de confundir el papel que juegan cierto tipo de proposiciones en las actividades humanas. Con ello Wittgenstein nos invita a observar en detalle lo que decimos y lo que hacemos para que en ese acto de observación se nos *muestran* los usos normales (ordinarios) de las palabras y los conceptos².

Para lograr este objetivo general emplearé la siguiente estrategia: I) En el primer capítulo

¹ Ver: Botero, J.J. “La noción de Imagen del Mundo” En: *El pensamiento de L. Wittgenstein*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.

² El acto de observación es el origen, precisamente, de la noción de juego de lenguaje (JL) tema del capítulo segundo de esta monografía.

examinaré con detalle los conceptos fundamentales de la ontología del Tractatus (TLP) centrándome en estas tres ideas: 1) la necesidad de la existencia de los objetos simples para que el lenguaje pueda figurar el mundo (1.1); 2) Los conceptos de forma lógica y forma de figuración como elementos constitutivos de la realidad y condiciones de posibilidad de representación (1.2.1); 3) el isomorfismo lógico lenguaje-realidad y su relación con los conceptos de forma lógica y forma de figuración (1.2.2); y 4) se mostrará cómo opera la distinción entre proposiciones lógicas y proposiciones empíricas en el contexto del TLP. En el desarrollo de estas ideas se podrá ver cómo se configura el concepto fundamental de espacio lógico, central en la ontología del Tractatus, en la medida en que es en virtud de este que se delimitan las posibilidades lógicas de la construcción de discursos significativos por parte de las ciencias positivas.

II) En el segundo capítulo se rastrearán algunas de las principales categorías que permiten articular y comprender la noción *de juegos de lenguaje* (JL) que se presenta en las *Investigaciones filosóficas*. Se considera que las nociones que permiten comprender el concepto de *JL* son, 1) la nociones de forma de vida y 2) la noción de imagen del mundo (ésta última es tomada de *Sobre la Certeza*). Se aclarará asimismo que la noción de *juego del lenguaje* no pretende proporcionar una explicación unitaria del significado, porque el tratamiento que Wittgenstein da a sus nuevas nociones no corresponde con una explicación última o unívoca de los conceptos, sino que sirven como herramienta conceptual que permite la clarificación de problemas que surgen de una serie de lo que él llama *malentendidos gramaticales*. Para esto, en la tercera sección de este capítulo se hará explícita la diferencia entre las cuestiones empíricas y las gramaticales en el contexto de su pensamiento tardío, cuyo olvido por parte de los filósofos es el origen de los problemas

filosóficos tradicionales, según el propio Wittgenstein. Este punto está estrechamente relacionado con el propósito de desarrollar la categoría de *juego del lenguaje* –última sección de éste capítulo- para de este modo, evidenciar la forma en que el austriaco concibe la labor filosófica como actividad asociada a la clarificación de los problemas filosóficos mediante la disolución de los mismos.

III) En el tercer capítulo se establecerán las conexiones entre las tesis lógicas y ontológicas del TLP y las naturalistas-antropológicas de las IF (y de SC), mediante la aclaración de la continuidad de pensamiento entre el Wittgenstein temprano y el tardío, la cual consiste en aclarar cómo está operando la distinción entre decir y mostrar en ambos periodos. Para ello se seguirá la siguiente ruta: 1) Se retomará la distinción entre las proposiciones lógicas y las empíricas en el contexto del TLP para establecer la relación que tiene con el decir-mostrar wittgensteiniano; 2) Lo mismo se hará con la distinción entre las proposiciones gramaticales y las empíricas en el contexto tanto de las IF, como el de SC; y 3) Se mostrará como esta distinción establece y configura un nueva manera de hacer las cosas en filosofía que consiste en volcar la mirada hacia los JL con el ánimo de hacer evidente el origen de las confusiones gramaticales como punto de partida de los problemas filosóficos.

IV) La última parte de esta monografía estará dedicada a recoger las principales conclusiones de este ejercicio interpretativo y de recolección y análisis de fuentes. Se espera poder mostrar cómo es que la hipótesis de este trabajo –la idea de que la teoría pictórica del TLP se puede leer bajo la luz del concepto de juego de lenguaje como una instancia del mismo- es comprobada a partir de las evidencias presentadas en cada capítulo.

Capítulo 1

La ontología del Tractatus

“El universo es una trama única en el que el todo determina las partes. Explicar un estado de cosas es comprender que dada la situación de las demás cosas necesariamente debe ser lo que es. Si tratamos de representarnos algo con independencia del sistema, intentamos representarnos algo cuya presencia es ininteligible, porque ser inteligible es mostrarse como parte del sistema.”

Alasdair MacIntyre

A grandes rasgos la cita anterior nos da una idea del sistema filosófico en el que el *Tractatus logico Philosophicus* de Wittgenstein quiere hacer un aporte significativo. En Spinoza –autor al que hacer referencia el epígrafe que da inicio a este capítulo- todo lo que se trate de representar con independencia del sistema será ininteligible, porque lo que es inteligible pertenece al sistema. De este modo, uno de los propósitos centrales de Wittgenstein en su única obra publicada y por el cual se lleva a cabo el análisis lógico del lenguaje, es el de delimitar la expresión de los pensamientos de acuerdo a lo que se puede decir claramente. En efecto, una de las grandes tesis del Tractatus es que lo que se puede decir claramente corresponde a las proposiciones con sentido, las cuales pertenecen al ámbito de la ciencia y del mundo. Por tanto, cualquier discurso cuyos enunciados pretendan ir más allá de estos límites será, en palabras del mismo autor, un intento de rebasar los límites mismos del lenguaje.

Para el Wittgenstein de los años 20 la principal tarea del lenguaje es la de representar el mundo, pero el análisis de las condiciones de posibilidad de esta representación es, precisamente, uno de los principales objetos de su investigación en el *Tractatus*. Este análisis tiene tres elementos fundamentales –el lógico, el epistemológico y el ontológico– cuya relación Wittgenstein trata de elucidar mediante introducción de conceptos tales como espacio lógico, forma lógica, nombres y objetos simples e isomorfismo lenguaje-realidad, mismos que configuran todo un aparataje que le permitiría mostrar la relación y la correlación entre el mundo, el pensamiento y el lenguaje. De este modo, una cuestión apropiada para realizar un acercamiento inicial a una obra tan compleja como el *Tractatus lógico-Philosóficus* bien podría ser aquella que indague por las condiciones de posibilidad de la representación del mundo a partir del lenguaje. Para que dicha representación sea posible, Wittgenstein introduce una noción fundamental a la hora de entender, según él, cómo es que el lenguaje puede figurar el mundo.

1.1 Sobre la necesidad de la existencia de los objetos simples

“Mi primera suposición era que, analizando las proposiciones, tenemos que llegar por fin a algunas que son la unión inmediata con los objetos... Así lo creo aun.”

L. W.

La mayoría de los comentaristas coinciden en que es una lástima el hecho de que el mismo Wittgenstein no haya suministrado suficientes ejemplos de objetos simples, pues estos no corresponden con los objetos físicos ordinarios sino que son de un orden anterior (lógica y ontológicamente hablando) que los inviste con la potestad de ser los garantes de la posibilidad figurativa de lo real por parte del lenguaje. Dicho de otro modo, sin objetos simples, el lenguaje no puede figurar la realidad. ¿Por qué? La respuesta a esta pregunta

consistirá en entender el argumento que parece estar ofreciendo Wittgenstein en favor de su existencia. Este argumento presenta la forma de los famosos argumentos trascendentales kantianos y entraña cierta concepción acerca de la relación entre el sentido de una proposición y la posibilidad de que con ella se pueda figurar algo, pero primero citemos lo que el mismo Wittgenstein dice acerca de la tarea de encontrar ejemplos de objetos simples:

He aquí la dificultad con que me encuentro: en cuantas proposiciones se me ocurren, ocurren nombres que en un ulterior análisis tienen que desaparecer. Sé que un ulterior análisis de este tipo es posible, pero no estoy en situación de llevarlo a cabo enteramente (...) Parece como si por esta vía sólo supiera ya de una forma, de la que no conozco un solo ejemplo (Diario Filosófico, 16.6.15).

No hay en el *Tractatus* ningún intento claro para identificar los objetos simples con algo concreto, pero sí se postula la necesidad de su existencia con un argumento trascendental, que establece el hecho de que las condiciones de posibilidad de comprensión de una proposición están dadas en un orden distinto al epistemológico (en el que las proposiciones son verdaderas o falsas según su adecuación con la realidad) es decir, un orden distinto al del análisis ruseiano de las condiciones fácticas del conocimiento, al que pertenecen los objetos simples. Si el mundo no tuviera sustancia, dice Wittgenstein, el sentido de una proposición dependería de que otra proposición fuera verdadera, pero la verdad y la falsedad son cosas que competen al orden de lo fáctico en el que sólo las proposiciones sobre complejos son posibles; y recordemos que tiene que haber algo que permita al lenguaje reflejar lo real, algo no fáctico, un punto de contacto, si se quiere ontológico, sobre el que se pueda hacer un análisis en los términos a los que Wittgenstein se refiere en la cita anterior. Sin este *algo*, sería imposible hacernos una figura del mundo, verdadera o falsa y como también veremos en el tercer capítulo, lo verdadero y lo falso se deciden en un tribunal diferente al de lo empírico: en el contexto del *Tractatus*, este tribunal es de carácter lógico (en el contexto de *Sobre la Certeza*, este tribunal es de orden “natural”). Por esto es

que los objetos simples tienen que existir. ¿Pero cuál es la idea de verdad que defiende el Tractatus? Digamos ahora un par de cosas sobre esto.

En el Tractatus hay, de hecho, una teoría de la verdad como correspondencia en la que se fundamenta la idea de la proposición como figura (eje central de la teoría pictórica) y que consiste, grosso modo, en afirmar que la verdad y/o la falsedad de una proposición dependen de su correspondencia o no correspondencia con la realidad. Dicho en palabras de propio Wittgenstein:

2.21 La figura concuerda o no con *la realidad*; es correcta o incorrecta, verdadera o falsa.

(...) 2.222 Su verdad o falsedad consiste en el acuerdo o desacuerdo de su sentido con *la realidad*.

2.223 Para reconocer si la figura es verdadera o falsa tenemos que compararla con *la realidad*. (TLP)

Nótese además la fuerza con la que hace presencia la intuición realista en el establecimiento de esta posición epistemológica acerca del estatuto ontológico sobre el que descansa esta breve, pero contundente, teoría de la verdad. Y es que –corriendo el riesgo de ser innecesariamente obvio- la posibilidad de verificar si una proposición corresponde o no con el estado de cosas que pretende representar, depende de la existencia misma de lo representado, esto es, de una realidad que sirve como instancia de verificación de la verdad o falsedad de las proposiciones; en efecto, no puede haber una figura que represente sin aquello que es representado. Wittgenstein postula en estas líneas, por tanto, la prioridad ontológica de la realidad sobre las posibilidades de su representación. Tratar de describir cómo es esa realidad objetiva e independiente es una de las principales empresas con las que se compromete Wittgenstein en el Tractatus. Más adelante veremos que para que el lenguaje pueda figurar el mundo, esa realidad debe tener una *forma* que es condición de posibilidad de representación por parte de aquel.

Hay, por otra parte, una distinción entre lo que es el sentido de una proposición por un lado y su significado como referencia por el otro, la cual es el resultado de la idea wittgenstaniana de separar las investigaciones empíricas de las lógicas; esta separación es el eje en torno al cual gira la investigación ontológica del Tractatus. Sin embargo será necesario antes hacer una breve aclaración sobre un término que hace referencia a una noción central y que se encuentra en el enunciado mismo de la pregunta con la que abrí este capítulo. Diré, por tanto, un par de cosas acerca del “mundo” tractariano.

En efecto, las primeras páginas del Tractatus dejan ver una tensión entre dos caracterizaciones del mundo. La primera está inscrita en los §§. 1 al 1.1 y establece que el mundo está conformado por el darse efectivo de estados de cosas. Un hecho es un estado de cosas que se da efectivamente –que es el caso- (§2) de modo que el mundo es la totalidad de los hechos. La segunda caracterización se desprende de la lectura de los §§. 2.06 y 2.063 en los que Wittgenstein afirma que la realidad está conformada por el darse y no darse efectivos de los estados de cosas (§ 2.06) para luego afirmar -de modo desconcertante- que “La realidad total es el mundo” (§2.063). Es desconcertante porque no muchas líneas antes ha dicho algo que parece ratificar la primera definición; en efecto ha afirmado en la proposición 2.04 que “La totalidad de los estados de cosas que se dan efectivamente es el mundo”. La tensión entre ambas definiciones es obvia: la segunda ubica al mundo en un campo del espacio lógico que es el de la posibilidad de darse y no darse efectivamente los estados de cosas, mientras que la primera lo ubica sólo en el campo de los hechos, en el campo de lo que efectivamente es el caso. Tenemos, en consecuencia, que el mundo es i) la totalidad de los estados de cosas que se dan efectivamente y ii) la realidad total, es decir, el darse y no darse efectivo de los estados de cosas. En medio de esta tensión se encuentra la

concepción de espacio lógico que es el conjunto de los estados de cosas que son el caso *contenido* en el conjunto de los estados de cosas que no lo son, pero que pueden o pudieron haber sido el caso, es decir, la totalidad de las posibles combinaciones de objetos o, en otras palabras, de todos los estados de cosas **posibles**. Creo que para afirmar la existencia de los objetos simples, el mundo tractariano debe ser entendido de la segunda manera, porque, como se verá, ésta posibilidad de darse o no darse efectivos de estados de cosas depende de la función lógica que Wittgenstein atribuye a sus objetos simples. Sin embargo, hay, además de la lógica, otra función que cumplen aquellos, a saber, la ontológica. Trataré en lo que sigue de mostrar cómo estas funciones se coligen de la exposición del argumento trascendental a favor de la existencia de los objetos simples.

Dice Mounce (1983:35) que las conclusiones que se extraen de las primeras líneas del *Tractatus* no son enunciados empíricos “en un sentido natural” a pesar de que son enunciados sobre el mundo. ¿Qué clase de enunciados son entonces? “Son enunciados acerca de cómo tiene que ser el mundo si ha de tener sentido, si ha de haber proposiciones” (ibíd.). Mounce afirma que el mundo es la totalidad de los hechos en el espacio lógico (de acuerdo con la primera definición de mundo que aparece en el *Tractatus*) porque así se está haciendo énfasis en que los hechos que son el caso son sólo una actualización de una de las posibilidades que tienen los objetos de combinarse. El punto central es que estas posibilidades “ya están escritas en la naturaleza de la cosa” (33) y que, por tanto, son los hechos en el espacio lógico –y no las cosas, ni las posibilidades que no se actualizan- las que conforman el mundo. Este es, justamente, el tipo de enunciados ontológicos que enmarcan la postulación de la necesidad de que los objetos simples existan. Esta necesidad es demostrada por Wittgenstein con un argumento que, en su análisis, presenta la forma de

un argumento trascendental (y que citaré un par de líneas más abajo).

Se debe recalcar primero la importancia de que los objetos simples del TLP no son equiparables a los objetos de la experiencia ordinaria, aquellos que designamos con sustantivos comunes; de este modo “árbol”, “piedra” o “silla” no son ejemplos de objetos simples. Esto queda claro después de la lectura del §2.0201 del TLP en el que se afirma que los enunciados sobre complejos se pueden descomponer en enunciados sobre los elementos que los integran hasta dar con una descripción total de esos complejos. La idea es que llegará un momento en que un nombre se refiera a un objeto simple, punto en el que tendrá el análisis su término. Tómese, por ejemplo, el enunciado (p): “la silla está en la cocina”; para captar el sentido de p tenemos que descomponerlo en enunciados sobre sus partes, así como en un enunciado que diga cómo deben estar combinadas las partes para que exista el complejo del que se habla (en este caso “la silla está en la cocina”) de modo que el análisis de p quedaría así: “el espaldar de la silla está en...” y “el asiento de la silla está en...” y “las patas de la silla están en...” Sin embargo cada uno de estos enunciados es aún susceptible de ser descompuesto en enunciados que describan partes más simples, al ser cada una de las partes de la silla compleja. Wittgenstein en §2.021 afirma que los objetos que tiene en mente no pueden ser compuestos porque son la sustancia del mundo. Esta afirmación junto con las que se encuentran en los §§s. 2.024 y 2.027 dan luces sobre la forma como está entendiendo la naturaleza de los objetos simples: “La sustancia es lo que persiste independientemente de lo que es el caso” dice en la primera y “lo fijo, lo persistente y el objeto son uno y lo mismo” dice en la segunda. El objeto simple es entonces la posibilidad de figuración, lo que hace que el ejercicio del análisis de enunciados complejos pueda tener un término, sin ese término, el análisis de una proposición compleja

comprendería una regresión al infinito. Veamos, en palabras de Margarita Valdés, cómo es que tiene lugar esta regresión:

“(…) [¿Por qué ocurre esta regresión?] Bueno, si no existieran los objetos simples, entonces todos los términos que forman parte de la proposición denotarían complejos y, por lo mismo, serían símbolos que habría que analizar mediante otras proposiciones que describieran verazmente dichos complejos, pero los términos que hubieran de figurar en esas nuevas proposiciones tampoco denotarían simples, que por hipótesis no existen, de manera que tendrían que ser analizados nuevamente mediante otras proposiciones verdaderas que describieran a los complejos denotados y así al infinito. (Valdés. M. Op. Cit. 42, corchetes añadidos)

La sustancia debe ser entendida, en este contexto, como aquello que subsiste a las propiedades materiales cambiantes y esto es lo que en el TLP se le atribuye a los objetos simples (cf. §§s. 2.023 y 2.0271).

Ahora bien ¿cuál es la función de los objetos simples? Las siguientes proposiciones nos ofrecen la respuesta

2.0211 Si el mundo no tuviera sustancia alguna, el que una proposición tuviera sentido dependería de que otra proposición fuera verdadera.

2.0212 Sería entonces imposible pergeñar una figura del mundo (*verdadera o falsa*) (Cursiva mía)

Como anuncié, más arriba, la idea contra la que Wittgenstein quiere reaccionar es aquella según la cual el sentido de una proposición depende del valor de verdad de otras proposiciones. La proposición “ahora mismo hay un dragón peleando con un centauro en la plaza del pueblo” es abiertamente falsa: ninguno de los dos seres existe y sin embargo no se puede afirmar que la proposición no tenga sentido. En efecto, entiendo perfectamente lo que ella quiere decir y puedo imaginarme qué tendría que pasar –o como tendría que ser el mundo- para que fuera verdadera. Es claro entonces que el sentido de un enunciado y lo que lo hace verdadero son cosas diferentes. El asunto de la existencia de los estados de cosas que describimos en una proposición se aleja del asunto de la captación del sentido de

ella en un punto fundamental: lo primero corresponde a una investigación empírica y por tanto entraría en el terreno de lo contingente, mientras que lo segundo es una cuestión previa a la verificación.

De este modo, la determinación del sentido de un enunciado debe ser algo *anterior* a la determinación de su verdad o falsedad y de la determinación de la verdad o falsedad de otras proposiciones. Wittgenstein afirma en 2.0124 –y ratifica en 2.014– que dado un objeto, junto a él, *con él*, vienen todos sus posibles estados de cosas, es decir, todas las maneras en las que el objeto puede ser combinado. Esto es una cuestión lógica (una cuestión de *forma lógica*, como veremos en la siguiente sección). En resumen, si el sentido de una proposición dependiera del valor de verdad de otras proposiciones, lo que es de carácter lógico -el sentido- estaría sujeto a cómo son los hechos y esto es algo contingente. El énfasis debe ponerse en el hecho de que el sentido es condición de posibilidad de verificación, algo previo a la verdad o a la falsedad. Por esto es que Wittgenstein afirma que “La proposición en la que se habla de un complejo no será absurda si este no existe, simplemente será falsa” (§3.24).

Volvamos al análisis de los enunciados sobre complejos. El enunciado “p” puede descomponerse en enunciados que describen los elementos que lo conforman y estos enunciados son todavía susceptibles de un ejercicio similar. Este proceso duraría demasiado si el ejercicio de análisis no tuviera un término y este término es garantizado por los objetos simples (porque son absolutamente simples) “Los nombres para estos objetos pueden ser captados inmediatamente, porque hacerlo no depende de captar nombres que sean aún más simples” (Mounce, op. Cit. 35). Podría decirse, y en esto radicaría su necesidad, que sin ellos nuestro análisis de la proposición nos haría saltar de contingencia en contingencia, de

manera que la determinación de sentido no sería lograda y así “sería entonces imposible pergeñar una figura del mundo (verdadera o falsa) (TLP 2.01)”.

¿Qué quiere decir entonces que el lenguaje puede figurar el mundo? Como afirmé al inicio, esto quiere decir básicamente que tiene que haber un punto de contacto entre ambos – lenguaje y mundo- que sea anterior a las cuestiones que se resuelven empíricamente. Figurar el mundo con el lenguaje significa que nuestras proposiciones puedan representar (y este “puede” es lógico, como veremos a continuación) el darse y/o no darse efectivos de los estados de cosas. Esta posibilidad es el sentido de una proposición –condición de posibilidad de su verificación- y la captación del sentido parece depender de que encontremos nombres que se refieran a objetos totalmente simples.

Para entender cómo es que tiene lugar esta relación entre nombres y objetos en la teoría pictórica del Tractatus, es de vital importancia aclarar tres nociones fundamentales en el aparataje conceptual de la misma. Así, si el lenguaje es un reflejo de la realidad y los nombres, en el lenguaje, son figuras de los objetos de la realidad, tiene que haber algo que tanto lenguaje y realidad compartan para que en esta relación figurativa exista una relación biyectiva entre la totalidad de las proposiciones y la totalidad de los estados de cosas. Estas tres nociones serán el objeto de la siguiente sección.

1.2. Teoría pictórica: Forma Lógica, Espacio Lógico e Isomorfismo

1.2.1 Forma lógica y Espacio lógico

Es manifiesto que por muy diferente del real que se piense un mundo ha de tener algo en común con él –una forma-.

L. W.

Imaginémonos un juego didáctico constituido a partir de piezas o fichas individuales que tienen, cada una de ellas, su propia posibilidad de ensamblarse con otras para -de este modo- conformar estructuras más complejas. Cada ficha posee un número limitado de posibilidades de combinación con las otras y así las combinaciones que no se encuentren contempladas en ese número son ilícitas y no sirven para armar estructura alguna. En otras palabras, cada ficha tiene una forma determinada y esta forma *muestra* sus posibilidades lícitas de combinación con otras independientemente de que estas combinaciones puedan o no puedan ocurrir. Así, el hecho de que en cierta estructura una ficha esté combinada con otra de determinada manera no implica el que no hubiera podido combinarse con otra (o con la misma) de cierta otra manera, siempre y cuando estas combinaciones estén permitidas. Por ejemplo, la ficha A (un cuadro azul con 4 cavidades) que en la estructura I está combinada con la ficha B (un rectángulo verde con 8 protuberancias, 4 de las cuales encajan perfectamente en las 4 cavidades de la ficha A), pudo (y puede) estar combinada en la estructura II con la ficha C (un cilindro amarillo con sólo 2 cavidades). Lo más

importante es cada ficha tiene un número determinado de posibilidades de combinación con otras. Supongamos además que nuestro juego didáctico tiene un número determinado de piezas que lo componen, por ejemplo 105 piezas, y que cada una de ellas tiene, a su vez, un número determinado de posibles combinaciones con las otras piezas, por ejemplo 4 posibles combinaciones. A simple vista, la forma de cada pieza muestra el número de posibles combinaciones en las que le es posible participar. Así, nuestro juego didáctico de 105 fichas tiene un total de 420 combinaciones posibles (105×4) y este número determina la cantidad de movimientos legales que permite el juego; por fuera de esta cantidad no es posible construir estructura alguna. El número en efecto, representa el *espacio* de posibilidades en el que se puede construir estructuras sin salirse de las reglas. La totalidad de las posibilidades, repito, está totalmente determinada por aquel y no hay lugar a que aparezcan nuevas posibilidades.

Imaginémonos ahora que, en el contexto del Tractatus, en lugar de fichas tenemos objetos simples que tienen cada uno una forma que muestra sus posibilidades lícitas de combinación con otros para formar proposiciones y estados de cosas (así como en nuestro juego didáctico cada ficha tenía una forma que mostraba sus posibilidades de combinación con otras para formar estructuras). Esa posibilidad de combinación con otros constituye la naturaleza misma del objeto (TLP 2.0123) a pesar de que éste no pueda ser pensado de forma aislada sino sólo a partir de la contemplación de la posibilidad que tiene el objeto de aparecer en estados de cosas, es decir, lo esencial del objeto no es tanto su forma individual, si no el hecho de que esta forma muestra sus posibles conexiones con otros objetos. Estas conexiones, tal y como en el caso de las fichas, están totalmente determinadas por la forma que muestran los objetos y fuera de ello “no cabe encontrar

posteriormente una nueva posibilidad” (TLP 2.0123). La única manera de representarnos un objeto es, entonces, mediante la posibilidad de combinarse con otros, misma que muestra a través de su forma:

2.0121 (...) Al igual que no podemos en absoluto representarnos objetos espaciales fuera del espacio, ni temporales fuera del tiempo, tampoco podemos representarnos objeto *alguno* fuera de la posibilidad de conexión con otros. / Si puedo representarme el objeto en la trama del estado de cosas, no puedo representármelo fuera de la *posibilidad* de esa trama.

Wittgenstein llama *forma lógica* (TLP 2.0233) -o simplemente *forma* (TLP 2.0141)- al conjunto de posibilidades que el objeto tiene de conectarse con otros (y así aparecer en estados de cosas) y *espacio lógico* a la totalidad de las posibilidades de combinaciones lícitas entre objetos. Fuera de ese espacio lógico no existe ninguna posibilidad de pensar algo con sentido y por lo tanto expresable (recuérdese la cantidad de movimientos legales que la suma de las posibilidades establecida por la forma de las fichas de nuestro juego didáctico permitía). En el Tractatus, por tanto, los conceptos de forma lógica y espacio lógico están estrechamente relacionados; de ellos depende tanto la posibilidad de representación de los estados de cosas –determinada por la posibilidad que muestran los objetos de aparecer en ellos- como la cantidad de estados de cosas que es legítimo pensar (espacio lógico):

2.0123 Si conozco el objeto, conozco también todas las posibilidades de su ocurrencia en estados de cosas. / (Cualquier posibilidad de este tipo debe radicar en la naturaleza del objeto.) / No cabe encontrar posteriormente una nueva posibilidad.

Citemos a continuación a Mounce (1983:33) para aclarar un poco más la función lógica de estas nociones en la ontología tractariana:

Las cosas existen sólo en los hechos. En qué hechos *puede encajar* una cosa es, además, algo que está predeterminado; está escrito en la naturaleza de la cosa. Esta es la razón de que no sean las cosas, sino los hechos, y no sólo los hechos, sino *los hechos en el espacio lógico*, los que constituyen el mundo. En la proposición 2.0131, Wittgenstein da ulteriores ejemplos del espacio lógico o forma lógica. “Una

mancha en el campo visual, aunque no necesita ser roja, tiene que tener algún color; está, por así decirlo, rodeada por espacio de color. Las notas musicales tienen que tener *algún* tono; los objetos del sentido del tacto *algún* grado de dureza, etc.” La propia forma lógica se muestra en que una mancha tiene que tener algún color y una nota musical algún tono, mientras que una mancha no puede tener un tono [o un sonido] ni una nota musical [representar] un color. (Corchetes añadidos)

Estas nociones cumplen pues una función bien importante: regulan o dictaminan, por así decirlo, las condiciones de posibilidad representación y de sentido de las figuras que nos hacemos del mundo. Estas condiciones de posibilidad determinan, a su vez, las condiciones bajo las cuales es lícito representar, mediante proposiciones, esos estados de cosas. Parfraseando un poco a Mounce, uno podría ampliar sus ejemplos diciendo que para que la mancha sea roja, está tiene que tener consigo la posibilidad de ser de algún color, la forma lógica de la mancha muestra esa posibilidad y gracias eso la proposición “la mancha es roja” puede ser verdadera o falsa. Del mismo modo, entre las posibilidades de predicación que nos muestra la mancha no se encuentra, digamos, la proposición “la mancha roja suena mejor en re menor”. En efecto, esa proposición no está permitida por las posibilidades que su forma deja ver como legales y por tanto no es contrastable con ningún estado de cosas posible. La construcción de este tipo de enunciados y otros como “Un litro de agua mide exactamente casi 3 kilómetros centígrados” viola, como dice Meléndez (1998:52) “las restricciones dadas por las formas lógicas de los objetos mencionados, es decir, se pretende representar una combinación que queda por fuera del espacio lógico de combinaciones posibles de los objetos...”. No hay, en resumen, una figura que pueda representar la interrelación de objetos descrita en esas proposiciones y no la hay porque las relaciones expresadas en ellas no se ajustan a la forma lógica de la realidad en la que están inscritos tanto los objetos por un lado, como los nombres que los describen por el otro.

Si el lenguaje es el espejo de la realidad, esto es, aquello con lo que nos formamos una

imagen del mundo, este debe reflejar la forma de la realidad, forma que ya dijimos más arriba, es independiente del lenguaje y por tanto de las representaciones que a través de él nos hacemos. Esta independencia de la forma de la realidad y de sus objetos que Wittgenstein postula abiertamente (TLP 2.0271) es el hecho por el cual muchos comentaristas le achacan a su teoría pictórica un compromiso muy marcado con un realismo fuerte porque la realidad reflejada – la figura que nos hacemos con el lenguaje- es independiente de las representaciones. De este modo, el lenguaje refleja la realidad porque comparte con ella la misma forma o estructura interna mediante una relación de correspondencia que puede ser entendida como la que se da entre un objeto y su reflejo en un espejo, en la que los elementos de la imagen reflejada corresponden exactamente con los elementos del objeto que la imagen refleja. A esto los lectores de Wittgenstein han llamado tradicionalmente “isomorfismo lógico” y se puede entender –de manera general y en palabras de Botero, J.J. (2001:21)- “como un isomorfismo entre las estructuras internas del lenguaje y el mundo, es decir, como una correspondencia uno a uno entre los objetos y las relaciones que constituyen los dos estados de cosas”. Este será el tema de la siguiente sección.

1.2.2 Isomorfismo lógico

En la figura y en lo figurado tiene que haber algo idéntico en orden a que aquella figura pueda siquiera ser figura de esto.

L. W.

No podemos entender el isomorfismo lógico sin recordar un par de generalidades de la teoría pictórica (o figurativa) postulada en el Tractatus de Wittgenstein. Recordemos,

asimismo, que es en virtud de que existe este isomorfismo que el lenguaje es una copia de la realidad, es decir, el lenguaje puede copiar a la realidad y expresarla en proposiciones (porque hay una estructura isomorfa entre ambos). Veamos:

(...) Wittgenstein mismo sostiene (...) que son los pensamientos los que modelan o figuran los estados de cosas y los hechos en el mundo. “La figura lógica de los hechos es el pensamiento (TLP 3) y, como en toda figura, a los elementos del pensamiento les corresponden objetos en el mundo (TLP 2.13). Para que un pensamiento sea una figura de un hecho o un estado de cosas, es necesario, pues, que haya una relación pictórica entre el pensamiento y el estado de cosas que representa (TLP 2.1513), y dicha relación, nos dice Wittgenstein, “consiste en la coordinación entre los elementos de la figura y los de las cosas” (TLP 2.1514)... “Nos hacemos figuras de los hechos” (TLP 2.1) y las figuras que nos hacemos son precisamente los pensamientos. La proposición, dice Wittgenstein, no es más que una expresión perceptible de un pensamiento (...) y sólo puede ser ella misma una figura de una situación posible en la medida en que “usamos el signo senso-perceptible (signo sonoro o escrito, etc.) de la proposición como proyección del estado de cosas posibles” (TLP 3.11). (Valdés, M. Ob. Cit. 47)

El Tractatus es un libro de lógica (filosófica, como dice Mounce) que pretende esclarecer cómo y de qué tipo son las relaciones *dadas* entre el lenguaje, el mundo y la realidad; y en el marco de esta investigación la pregunta por cómo es que nuestro lenguaje representa esa realidad (conformada por estados de cosas) es la que guía las investigaciones llevadas a cabo, tanto lógicas, como ontológicas. Wittgenstein, reitero, no está interesado en el estudio de las condiciones empíricas del conocimiento del mundo, o, en términos de la epistemología contemporánea, no le interesa describir la relación entre los datos sensibles y nuestro discurso sobre ellos (o en jerga quineana, la relación entre la ciencia y la evidencia) si no que las presupone y a partir de ello se pregunta por las condiciones mismas de posibilidad de ese discurso; esto significa que su investigación está guiada por preguntas del tipo ¿Qué hace posible nuestro discurso significativo sobre el mundo? ¿Cuáles son los límites de ese discurso? ¿Cómo es la relación de ese discurso con aquello que lo origina?

En ese orden de ideas, hasta este punto he tratado de mostrar que la teoría pictórica (y los conceptos que la conforman) responde a estas cuestiones de este modo: i) demostrando que

para Wittgenstein nuestro discurso significativo sobre el mundo tiene lugar en virtud de la existencia de los objetos simples; ii) que los límites de ese discurso están demarcados por el espacio lógico en el que se encuentran inscritas todas las posibilidades combinatorias de esos objetos en estados de cosas y, continuación (iii) trataré de mostrar que la relación entre lenguaje y realidad descansa en una conexión estructural de orden lógico existente entre ambos, que tiene que ser isomórfica para garantizar el hecho de que la relación figurativa sea legítima en la medida en que pueda dar lugar a la representación de estados de cosas mediante figuras.

Empecemos pues por aclarar, un poco esquemáticamente, que esta relación isomórfica ocurre entre lenguaje por un lado y realidad por el otro. Recordemos que el lenguaje tiene que poder representar la totalidad de los estados de cosas, no sólo los que se dan efectivamente (que son los que conforman el mundo) y que esta totalidad está determinada en el espacio lógico, que es, como traté de decir ilustrativamente con el ejemplo del juego didáctico, la suma de todas las posibilidades combinatorias de los objetos de la realidad mostradas por sus formas lógicas. De este modo, si la relación de correspondencia es biyectiva, esto significa que cada nombre simple en el lado del lenguaje está por un objeto simple en el lado de la realidad:

A través de esta relación referencial entre el nombre y el objeto nombrado por este, el lenguaje adquiere la posibilidad de representar la realidad, adquiere su contacto con ella (TLP 2.1515). Y sobre esta asociación nominativa básica se construye el completo isomorfismo entre el lenguaje y realidad. (Meléndez, R. Ob. Cit. 59)

Este isomorfismo que tiene lugar en el nivel de los nombres y su correspondencia con los objetos es considerado por Meléndez como un isomorfismo de primer nivel. Acá, el nombre o el signo, que es una figura del objeto, comparte con él algo idéntico que permite

la relación pictórica entre ambos (TLP 2.161) esto es, su forma lógica. Y es justamente en virtud de que nombre y objeto comparten la misma forma lógica, que la relación figurativa trasciende lo meramente convencional, es decir, más allá de que los nombres designen a sus referencias en virtud de una asociación lingüística ligada a las reglas de la sintaxis, esta asociación debe reflejar la forma lógica de los objetos simples: es porque los objetos poseen una forma lógica que es reflejada -mediante su designación- por los nombres correspondientes, que existen las reglas gramaticales, no al revés. En otras palabras, las reglas gramaticales son una prueba indirecta de la existencia de la forma lógica en la medida en la que reflejan las posibilidades lícitas de combinación entre objetos y nombres. En esto consiste, fundamentalmente, la prioridad ontológica de lo real.

Ahora bien, Wittgenstein sigue a su maestro Frege en la idea de que los nombres adquieren su significado en virtud de las proposiciones que conforman, es decir, que el nombre aislado de una proposición no tiene significado (TLP 3.3). Así, deben existir unas reglas que determinen la aplicación del nombre en una proposición. No todas las combinaciones de nombres son lícitas (recuérdese “Un litro de agua mide exactamente casi 3 kilómetros centígrados”), es decir, no todas las figuras posibles van a poder representar algo. El significado de un nombre, por tanto, depende del uso proposicional en la medida en que las sentencias en las que aparece estén figurando combinaciones posibles del objeto designado por él (Cfr. Meléndez, 1998:61). En este nivel proposicional las reglas sintácticas, o lo que es lo mismo, las convenciones sobre las combinaciones legales de nombres en oraciones, también obedecen a la forma lógica, pero no la de los objetos simples, sino a la de los hechos atómicos o estados de cosas. De modo que, así como en el nivel de los nombres y los objetos Wittgenstein propone un isomorfismo entre ellos en virtud de que la forma

lógica de los objetos es reflejada por los nombres que los designan, en el orden de las proposiciones y los estados de cosas existe también un isomorfismo en virtud de que las proposiciones que designan estados de cosas reflejan la forma de aquellos, a la que -en este orden- Wittgenstein llama *forma de figuración*. Esto último configura un segundo nivel en el que el isomorfismo lógico entre lenguaje y realidad también tiene lugar: el nivel de la correspondencia entre proposiciones y hechos atómicos. Veamos justamente cómo Wittgenstein formula el asunto de la forma de figuración en estos aforismos:

- 2.1 Nos hacemos figuras de los hechos.
- 2.11 La figura representa el estado de cosas en el espacio lógico, el darse y no darse efectivo de estados de cosas.
- 2.12 La figura es un modelo de la realidad.
- 2.13 A los objetos corresponden en la figura los elementos de la misma.
- 2.131 Los elementos de la figura hacen en ella las veces de los objetos.
- 2.14 La figura consiste en que sus elementos se interrelacionan de un modo y manera determinados.
- 2.141 La figura es un hecho
- 2.15 Que los elementos de la figura se comporten unos con otros de un modo y una manera determinados, *representa* que las cosas se comportan así unas con otras. / Esta interrelación de los elementos de la figura se llama su estructura y la posibilidad de la misma, su forma de figuración.
- 2.151 La forma de figuración es la posibilidad de que las cosas se interrelacionen al igual que los elementos de la figura.
- 2.17 Lo que la figura ha de tener en común con la realidad para poder figurarla a su modo y manera – correcta o falsamente- es su forma de figuración.

La distinción entre forma lógica y forma de figuración también cobra una especial relevancia en la medida en que pone más luz sobre la idea de las proposiciones como figuras. En efecto, esta distinción establece, como dice Thomas Ricketts (1996:77), “un mínimo compartido” entre lenguaje y realidad que Wittgenstein llama forma lógica, y en virtud del cual los nombres guardan las mismas posibilidades de formar oraciones, que un objeto de hacer parte de estados de cosas. Sin embargo, como ya dijimos, el significado de un nombre

no descansa en su capacidad figurativa de representar objetos aisladamente, sino en su posibilidad de hacer parte proposiciones capaces, a su vez, de representar estados de cosas. Los nombres, por tanto, no figuran nada por sí solos. Por otro lado, su capacidad figurativa está totalmente delimitada al punto que hay un número finito de estados de cosas que una proposición está en capacidad de figurar o modelar y este es un límite lógico que nace de la constitución misma de la realidad. Esta realidad está compuesta de objetos simples (que puedan ser nombrados) cuya capacidad relacional/formal sólo se ve en la medida en que pueden hacer parte de estados de cosas (que puedan ser figurados en proposiciones)

Modeling does not require that the pictorial elements and the represented objects share the very same possibilities of combination. It only requires a formal “isomorphism” between the posible configurations of pictorial elements into pictures and objects into facts. (Ricketts, T. 1996:79)

Por esto es que una figura puede representar un estado de cosas posible y no únicamente uno que sea el caso. El sentido de una proposición es anterior a su corrección, de modo que las proposiciones en las que un nombre aparece sólo necesitan figurar combinaciones posibles del objeto designado por aquel, entre ellas figuras que representen falsamente la realidad, pero que tengan sentido.

Shared representational form [i.e. forma de figuración] typically guarantees that there are several ways of projecting arrangements of pictorial elements over the reality depicted. Furthermore, a domain of facts maybe represented in different ways by pictures whose form of representation differs. For (...) pictures may have more or less in common with what they represent. *Logical form* is that minimal formal similarity between the possibilities for pictorial elements and possibilities for things necessary to coordinate unambiguously the former with the latter: “What every picture, of whatever form, must have in common with the reality in order to be able to represent it at all –rightly or falsely- is the logical form, that is, the form of reality” (2.18) (Ricketts, T. 1996:80)

Resumamos. La intrincada ontología del Tractatus se aclara en virtud de entender la relación isomórfica entre la realidad y el lenguaje que la representa. Este isomorfismo consiste fundamentalmente en que el lenguaje, al representar la realidad mediante

proposiciones, refleja su estructura formal, misma que muestra todas las posibles combinaciones de objetos en estados de cosas. A estas posibilidades combinatorias Wittgenstein las llama *forma lógica* cuando se refiere a la capacidad formal de aparecer en estados de cosas y sus respectivas proposiciones, que comparten el objeto y el nombre que lo designa; y *forma de figuración* cuando se refiere a esa misma capacidad, pero en el nivel de las proposiciones. Estas posibilidades configuran el espacio lógico como límite de predicación significativa. De este modo, cualquier discurso sobre el mundo (totalidad de los hechos) o sobre la realidad (totalidad de los estados de cosas) está perfectamente reglamentado: toda proposición con sentido debe poder estar en capacidad de representar un estado de cosas, posible o efectivo, esto es, debe poder representar un punto en el espacio lógico.

1.3 Proposiciones lógicas y proposiciones empíricas en el *Tractatus logico-philosophicus*

Lo que no podemos pensar no lo podemos pensar; así pues, tampoco podemos *decir* lo que no podemos pensar.

L. W.

La forma lógica es inexpresable, se revela a sí misma en el fenómeno lingüístico. Cualquier intento de explicar cómo es que en virtud de ella el lenguaje puede reflejar la realidad, la presupondría inevitablemente. Ahora, como la función del lenguaje es, en el contexto del *Tractatus*, fundamentalmente la de reflejar lo real; y cómo el sentido de una proposición está determinado a priori por la suma de las posibilidades de combinación de los objetos en estados de cosas; y como la verdad y la falsedad son posibles estados de cosas cuya gama

de actualizaciones ya está determinada de antemano en el espacio lógico, por tanto, cualquier discurso significativo que se refiera al mundo debe presuponer una forma lógica en virtud de la cual se garantiza el sentido mismo del lenguaje. En consecuencia, no podemos describir la forma lógica en ningún discurso que no la presuponga. La forma lógica se *muestra* en el hecho de que nuestro lenguaje figura la realidad. No puede haber algo así como un metalenguaje en el que podamos decir cómo es la forma lógica sin que éste, a su vez, la contenga. Este argumento se encuentra en la base de la distinción wittgensteniana entre proposiciones de carácter lógico y proposiciones de carácter empírico. A continuación haré un breve desarrollo del mismo y veremos cómo es que esta distinción tiene lugar en el TLP y cómo, a su vez, todo ello se relaciona con una idea central en el pensamiento de Wittgenstein y que ya insinué en este párrafo, a saber, la distinción entre decir y mostrar.

Como ya vimos, Wittgenstein, al establecer la anterioridad del sentido de una proposición sobre sus condiciones de verdad, otorga una prioridad ontológica a la realidad que determina las condiciones que debe tener un lenguaje dado para poder representarla. Estas condiciones son de carácter lógico: los nombres deben poder referirse a objetos y las combinaciones de nombres deben poder referirse a combinaciones de objetos. Para que esta relación de correspondencia tenga lugar, nombres y objetos, proposiciones y estados de cosas deben compartir la misma forma lógica. Así, si una proposición describe un estado de cosas, efectivo o no, es porque su sentido ya está determinado por las condiciones esenciales que comparten la realidad y el lenguaje con el que nos la figuramos ¿Por qué? ¿Cómo justifica Wittgenstein que esto es así? ¿Se puede dar alguna explicación de cómo la forma lógica posibilita la función figurativa del lenguaje? Este tipo de preguntas encarnan

dificultades que el mismo Wittgenstein tiene en mente cuando, en las notas recogidas en sus diarios afirma que

Es imposible *decir* cuáles son estas propiedades [las propiedades lógicas comunes al lenguaje y la realidad]; pues para ello se requeriría de un lenguaje que no poseyera las propiedades en cuestión, y es imposible que este pudiera ser un lenguaje correcto. Imposible construir un lenguaje no lógico. [TB, 209]

No se puede decir cuáles son las propiedades lógicas comunes al lenguaje y la realidad porque ello implicaría elaborar un discurso que explicara cómo es que todo lenguaje que tenga sentido puede referirse a la realidad, sin que aquel tuviera ya implícitas esas condiciones. Pero el hecho de que no se pueda decir algo acerca de ellas no implica que no las podamos ver (aunque, paradójicamente, el hecho de que las podamos ver tampoco implica que podamos decir cómo son – y este es el espíritu de la idea del silencio wittgensteniano). En efecto, las propiedades lógicas (forma lógica y forma de figuración) están presentes en todo lenguaje figurativo, es decir, en todo lenguaje existen condiciones predeterminadas de sentido y verdad que garantizan que esos lenguajes digan algo acerca del mundo. Se puede decir, por tanto, que como la función esencial de todo lenguaje con sentido es figurativa y en esa medida los lenguajes están para describir el mundo, entonces debe haber en ellos unas condiciones (lógicas) de posibilidad de que eso así sea; esas condiciones no pueden ser expresables en un lenguaje que no se refiera al mundo y como todo los lenguajes se refieren al mundo, todos los lenguajes las presuponen. El intento de expresarlas nos llevaría de ese modo a una regresión al infinito. Para evitarla, nos tenemos que limitar a observar, según Wittgenstein, como es que el lenguaje está describiendo efectivamente la realidad, y en esta observación, las condiciones lógicas de posibilidad figurativa de todo lenguaje se muestran por sí mismas. Por esto es que las proposiciones de

la lógica no dicen nada acerca del mundo de los hechos, es decir, ellas mismas no pueden ser verdaderas o falsas, su única función es la de mostrar las propiedades formales de la realidad que deben ser copiadas por un lenguaje que la represente:

6.12 Que las proposiciones de la lógica sean tautologías es cosa que *muestra* las propiedades formales –lógicas- del lenguaje, del mundo. / Qué sus partes integrantes, *así* unidas, den una tautología, es cosa que caracteriza la lógica de sus partes integrantes. / Para que proposiciones, unidas de un determinado modo y manera, den una tautología, han de tener determinadas propiedades estructurales. Que *así* unidas den una tautología, es cosa, pues, que muestra que poseen esas propiedades estructurales.

Pero quizá la razón más importante por la que no es posible adelantar una descripción de las condiciones formales de la realidad es que esta tendría que ser desarrollada en un lenguaje figurativo, cuyas proposiciones tendrían que ser -por fuerza- verdaderas o falsas (recordemos que esta es la característica principal de todo lenguaje fáctico). Y ya vimos que las cuestiones lógicas no pueden ser correctas o falsas. Las cuestiones lógicas son, ellas mismas, condiciones de posibilidad de lo verdadero y lo falso, insumo principal del discurso científico y jurisdicción exclusiva del lenguaje empírico. No es posible, por tanto, salirse del lenguaje fáctico para decir cómo es su estructura formal, está se muestra, justamente en aquel. La lógica, por tanto, traza los límites del lenguaje desde adentro, mostrándolos:

Al pensar, explicar, describir, estamos necesariamente inmersos en el lenguaje... y todo lo que digamos en él tiene que cumplir ya sus, en últimas, inexpresables e injustificables condiciones de sentido y verdad. Como no podemos salirnos de uno de los extremos de la relación de isomorfismo en que se fundan el sentido y la verdad, no podemos ver desde un pretendido punto de vista exterior y privilegiado los extremos, para explicar cómo están relacionados. Sólo podemos ver de la relación lo que de ella se nos *muestra* en una de las partes relacionadas, la del lenguaje y el pensamiento, y esto que se nos muestra de ella no podemos *decirlo*, ni dar razones o justificaciones de ello. (Meléndez, R. 1998:85)

“Las explicaciones deben poder llegar a un término” nos dirá Wittgenstein en SC. Aquí, en el TLP, ese término es lógico. Allá, en SC, es -como veremos a continuación- antropológico.

Capítulo 2

El concepto de Juego de Lenguaje

El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo.

Gabriel García Márquez.

(...) Y a los procesos de nombrar las piedras y repetir las palabras dichas, las Llamare también juego del lenguaje.

L. W.

2.1 Forma de vida, proposiciones empíricas y gramaticales en el contexto del pensamiento tardío de Wittgenstein

Al final del primer capítulo vimos cómo en el TLP las proposiciones lógicas se diferencian de las empíricas en virtud de la función normativa que cumplen³. Esta función no es susceptible de ser entregada en un discurso positivo, puesto que este es necesariamente objeto de corrección de acuerdo con las condiciones de verdad a las que son sometidas todas las proposiciones de un discurso tal. Sin embargo la existencia de los lenguajes muestra ella misma la presencia de las condiciones formales que pretenderíamos expresar a través de proposiciones lógicas que describirían esas condiciones. Las proposiciones de la lógica son, en el TLP, normativas en el sentido en el que nos muestran cuáles son las reglas del juego del lenguaje figurativo, al demarcar sus límites. Y se distinguirán de las proposiciones de las ciencias porque estas últimas son más propiamente descriptivas: nos dicen cómo es el mundo y en virtud de ello es que tenemos una cantidad limitada de proposiciones verdaderas.

Ahora bien, en el contexto del Wittgenstein tardío se encuentran relacionadas con esta distinción un par de nociones centrales, a saber, la noción de imagen del mundo y la noción de forma de vida. Me voy a permitir citar al profesor Botero para mostrar las características principales de éstas nociones:

“Una forma de vida se configura... en una mezcla abigarrada de *prácticas*, sostenidas unas con otras pero sin poseer sin embargo una estructura sistemática. Los juegos de lenguaje involucran usos, instituciones, costumbres y en esa medida las formas de vida constituidas por ellos son formas de vida de comunidades que comparten usos, costumbres, etc.... Al aprender una lengua y entrar así a formar parte de una forma de vida, nuestra actividad conceptual, inteligente, incorpora supuestos, distinciones, maneras de ver y discriminar los fenómenos, el mundo y todo lo que hacemos en él.

³ Cfr. Supra. Pgs. 25-28

Todo eso ... se integra, por decirlo así, con todo lo que aprendemos a hacer o simplemente desarrollamos instintivamente en virtud de nuestra dotación biológica, para conformar una *imagen del mundo*: una configuración de convicciones, certezas o saberes prácticos, de una forma de vida ... En otras palabras, las prácticas, usos, costumbres, que constituyen las formas de vida de una comunidad dada, en cuanto fenómenos que involucran actividad intelectual e inteligente, se desenvuelven en el medio constituido en buena parte por unas convicciones o “formas de ver el mundo” de esa comunidad ... La imagen del mundo constituye y caracteriza rasgos de nuestro pensamiento y de nuestras actividades prácticas, desde las más básicas hasta las más complejas.” (Botero, 2001: 223-224)

Al ser la imagen del mundo fundamentalmente una configuración de prácticas y costumbres que determina la manera en la que una comunidad se desenvuelve en el mundo, no consiste en un conocimiento discursivo que pueda hacerse explícito, a diferencia, por ejemplo, del discurso científico. El contenido de la imagen del mundo no es verdadero ni falso, no es correcto ni incorrecto:

SC, §94: Pero no tengo mi imagen del mundo porque me haya convencido a mí mismo de que sea la correcta; ni tampoco porque esté convencido de su corrección. Por el contrario, se trata del trasfondo que me viene dado y sobre el que distingo entre lo verdadero y lo falso

Es en este punto en donde cobra valor la distinción entre proposiciones empíricas y proposiciones gramaticales, pues Wittgenstein nos dice que si quisiéramos hacer explícita la imagen del mundo, las proposiciones que la describirían cumplirían un rol bien particular: nos presentarían la imagen del mundo como una suerte de mitología (SC §95). Una proposición gramatical y una empírica se distinguen fundamentalmente por la función que desarrollan en nuestros juegos de lenguaje. Así, una proposición gramatical describe una regla según la cual es permitido o prohibido hacer cierto tipo de afirmaciones; una proposición empírica es una afirmación sobre el mundo, una afirmación, por tanto, susceptible de ser sometida a constatación, a algún tipo de prueba que la haga verdadera o falsa. Es sobre la base de las proposiciones gramaticales que las proposiciones empíricas son sometidas a prueba. Las proposiciones con las que G. E. Moore –inspirador de las

notas a las que Wittgenstein dedicó sus últimos días- pretende estar expresando un conocimiento, son justamente proposiciones gramaticales, ese tipo de proposiciones que son la base de todas nuestras demostraciones empíricas.

Por ejemplo, podemos decir que una proposición empírica se caracteriza porque es legítimo dudar de ella y esto porque hay un principio común a toda la filosofía de Wittgenstein según el cual una proposición tiene sentido si y sólo si su negación lo tiene. Así “Sé lo que piensas” tiene sentido porque su negación “No sé lo que piensas” lo tiene, mientras que “Sé lo que pienso” no tiene sentido porque su negación “No sé lo que pienso” es ininteligible. La primera puede verse como verdadera o falsa, pero la segunda sólo tiene sentido en un contexto social en el que la seriedad no es un requerimiento.

Con respecto a este principio y a su relación con la distinción entre proposiciones empíricas y gramaticales, la mejor formulación que encontré está en el libro de Monk y es como sigue:

“La idea es que, si lo contrario de una proposición tiene sentido, entonces el que esa proposición pueda verse como una hipótesis empírica es verdadero o falso dependiendo de la manera como las cosas ocurran en el mundo. Pero si lo contrario de esa proposición no tiene sentido, entonces la proposición no describe el mundo, sino nuestro sistema conceptual: forma parte de la lógica.

De este modo: “Existen los objetos físicos” no es una proposición empírica, pues su opuesto no es falso, sino incomprensible... si esto es así, entonces estas “proposiciones de referencia” no describen un corpus de conocimiento; describen la manera en la que comprendemos el mundo.” (Monk, R. 1990:508)

Sin embargo es fundamental aclarar que esta distinción no es absolutamente inflexible; no es que una proposición gramatical no sea empírica o no pueda llegar a serlo, no hay algo así como un sistema fijo de proposiciones gramaticales independiente del conjunto de proposiciones empíricas. Tampoco se puede pensar que una proposición empírica no pueda llegar a ser proposición gramatical, o lo que es lo mismo, regla de uso de otras

proposiciones. Lo fundamental de la distinción no es que haya en las proposiciones propiedades que les son inherentes; todo lo contrario: lo fundamental es que unas proposiciones se distinguen de otras por la *función* que desempeñan y que las mismas proposiciones pueden, en un momento de la historia del hombre, ser reglas que dirigen sus comportamientos lingüísticos, así como la manera en la que hacen ciencia y 100, 200 o 3650 años después, afirmaciones empíricas sobre el mundo, afirmaciones que pueden ser correctas o incorrectas.

Tómese, por ejemplo, la proposición “la Tierra es redonda”. Hubo un tiempo en que ésta afirmación fue tenida como falsa por gran parte de la población humana: para muchas personas era impensable que la Tierra tuviese una forma distinta la de un plato. Hoy en día todas nuestras afirmaciones empíricas parten del hecho de que la tierra es redonda, todas nuestras comprobaciones la presuponen y nos costaría trabajo tomar en serio a quien la contradijese o la calificase como falsa; en efecto, podría decirse, hoy en día, que esa proposición es un buen candidato a proposición gramatical. Así mismo, la proposición “la Tierra es plana” fue una proposición que se presuponía en todas las conversaciones (no solo científicas); en la actualidad es una afirmación sobre el planeta que aparece en los libros de historia como una anécdota acerca de qué afirmaban sobre nuestro mundo quienes lo pisaron primero.

Así, la proposición de G. E. Moore “ahí hay dos manos” —eje de su prueba del mundo exterior- no es una proposición empírica en el sentido en el que estas son susceptibles de verificación. Tampoco es una proposición parecida a “en la hoja de este libro hay tres erratas” la cual es evidentemente empírica. El punto es que hay proposiciones sobre las no tiene sentido dudar. Por ejemplo, las famosas proposiciones tipo Moore “Sé que hay una

mano”, “Sé que aquí hay otra mano”, “Sé que tengo un cerebro” Son proposiciones que fundamentan todas nuestras comprobaciones de afirmaciones sobre el mundo; este es el espíritu de la crítica general que le hace Wittgenstein a Moore en SC cuando dice

Las verdades que Moore afirma saber son tales que, dicho sea de paso, si él las sabe, todos las sabemos” y más adelante continúa “Una proposición de este tipo podría ser, por ejemplo: “(Sé que) mi cuerpo no ha desaparecido nunca para volver a aparecer enseguida (§101)

La evidencia en favor de este tipo de cuestiones no se obtiene, de ningún modo, a partir de una investigación empírica, no hay experimentos que demuestren tales cosas; de hecho, no necesitamos de ninguna comprobación especial en virtud de la cual tengamos que fiarnos de este tipo de proposiciones. Según Wittgenstein, es nuestra vida la que nos enseña que este tipo de afirmaciones son confiables, son *certezas* de las que nos valemos para vivir, más que conocimientos expresables en juicios susceptibles de ser o no verificados. Esto se manifiesta en el hecho de que, como dice Botero, son proposiciones que “no hacen parte del grupo enorme de afirmaciones que hayamos expresado alguna vez en el transcurso de nuestra vida cotidiana” (Botero, 2001: 229), en efecto, uno casi nunca comienza una conversación diciendo “Sé que tengo un cerebro” ni mucho menos la continua diciendo “Además, sé que tengo dos manos y aquí están”.

Para Wittgenstein, el gran aporte de Moore a la filosofía occidental consistió en llamar la atención sobre la defensa del sentido común como una parte constitutiva de la vida y de la inteligencia humana. El estaría plenamente de acuerdo en afirmar con Moore que la duda del escéptico no tiene sentido, pero se distancia radicalmente de aquel cuando pretende responder al escéptico jugando el mismo juego: “ninguno se da cuenta de lo especializado que es el uso de “sé” ” dice Wittgenstein al comienzo de *Sobre la certeza*. El escéptico porque pone en duda eso que precisamente es la base de todos nuestros juicios y dudas

razonables acerca de los mismos, esto es, nuestra manera natural de actuar, aquello que nos permite distinguir la verdad de la falsedad; y Moore porque responde a la pregunta escéptica “¿cómo lo sabes?” con un apasionado “¡Lo sé!”: “Pero este apasionamiento es algo (muy) raro y no hay vestigios de él cuando hablo (por ejemplo de mis manos) de la manera habitual (cf. SC, §§ 376-377, paréntesis mío). Es en ese descuido por la manera habitual de hablar en el que radica el error tanto de Moore, como de los demás filósofos y sus filosofías de la mente, el lenguaje, el ser, la verdad y el bien; y es hacia esa manera habitual de hablar hacia lo que quiere llamar Wittgenstein la atención de los filósofos. Esto implicaría, empero, quitarle a la filosofía todo el carácter de actividad sublime dedicada al descubrimiento de la verdad y sus allegados (i.e el significado, la mente, etc.) mediante el adelantamiento de cada vez más sofisticadas teorías acerca del mundo y de lo real. Aceptar este nuevo rol del filósofo dentro de esta nueva manera de concebir la filosofía depende, como pretendo hacer ver en el capítulo que sigue, de un radical cambio en nuestras inclinaciones a la hora de abordar los temas de la filosofía. Depende de aceptar el hecho de que en el principio era la acción.

2.2 El concepto de Juego de Lenguaje (JL)

Pareces pensar en juegos de tablero;
pero esos no son todos los juegos.

L.W.

Muy ligada a la distinción entre lo empírico y lo gramatical está uno de los productos más famosos de la filosofía del llamado Wittgenstein tardío: la noción de juego de lenguaje. En efecto, venimos de ver cómo el filósofo austriaco distingue entre dos tipos de proposiciones en virtud de la función que cumplen en un lenguaje: mientras que las proposiciones empíricas son descriptivas, esto es, dicen (en el contexto del TLP) cómo tiene o tendría que estar arreglado el mundo para que una tal proposición sea verdadera o falsa (por ejemplo “la distancia entre Londres y Berlín es de 933,12 km en avión y de 1093 km en carro”), las proposiciones lógicas o gramaticales nos muestran características distintivas acerca de los diferentes contextos lingüísticos en los que se usan estos tipos de enunciados, esas características son reglas de uso al respecto de la aplicación concreta de palabras o conceptos como “Significado”, “Tiempo”, “Certeza” o “Distancia”. Así, proposiciones como “Todo cuerpo es extenso” y “Nadie puede sentir mi dolor de muela” no están describiendo propiamente un estado de cosas que se pueda verificar, sino más bien muestran cómo es permitido usar los conceptos de extensión y de dolor y, con ello, dejan ver ciertas reglas para el uso de los mismos. Y es justamente la existencia de estas reglas en los contextos lingüísticos específicos lo que nos permite hablar de juegos de lenguaje:

El lenguaje se utiliza como se juegan los juegos, y los juegos tienen sus propias reglas. Sin ellas, no serían juegos, ni nada; y hay múltiples juegos porque hay múltiples reglas y múltiples usos de los elementos del juego. (Botero, J. J. 2001: 26)

Así como en los juegos que jugamos no hay, en ninguno de ellos, un rasgo distintivo o un común denominador que podamos identificar como lo esencial del juego (excepto tal vez el tema de que todos los juegos tienen reglas), tampoco es lícito buscar en los lenguajes algo

esencial y común a todos. En este sentido es que vale la pena recordar la importancia de la noción de forma de vida, que destacamos en la sección anterior, para la explicación de la noción de JL: si una forma de vida es una mezcla de prácticas sostenidas unas con otras (pero sin poseer una estructura sistemática) y en esta medida esa mezcla, junto con los hábitos constituidos en el tiempo por las comunidades que los comparten y los transmiten, van dando lugar a juegos de lenguaje involucran esos usos en instituciones y costumbres particulares, es apenas obvio que pueden existir tantos y tan diversos juegos de lenguaje como tantas y diversas comunidades humanas. No es de extrañar, por tanto, que Wittgenstein mismo, en una actitud que a estas alturas ya no nos debe extrañar, no dé una definición unívoca de este concepto. Sin embargo, al inicio de sus IF sí deja claro cuál es su origen:

2. (...) Imaginémonos un lenguaje para el que vale una descripción como la que ha dado Agustín: El lenguaje debe servir para la comunicación de un albañil A con su ayudante B. A construye un edificio con piedras de construcción; hay cubos, pilares, losas y vigas. B tiene que pasarle las piedras y justamente en el orden en que A las necesita. A este fin se sirven de un lenguaje que consta de las palabras: “Cubo”, “pilar”, “losa”, “viga”. A las grita –B le lleva la piedra que ha aprendido a llevar a ese grito. –Concibe ese como un lenguaje primitivo completo.

7. (...) podemos imaginarnos también que todo el proceso del uso de palabras en (2) es uno de esos juegos por medio de los cuales aprenden los niños su lengua materna. Llamaré a estos juegos “*juegos de lenguaje*” y hablaré a veces de un lenguaje primitivo como juego de lenguaje. Piensa en muchos usos que se hacen de las palabras en juegos en corro. / Llamaré también “juego de lenguaje” al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido.

Claramente se puede ver cómo la concepción agustiniana del lenguaje, esa que considera que la función esencial de las palabras es la de designar objetos, es tan sólo uno los posibles usos que se les puede dar a las palabras, el uso más primitivo, como parece implicar Wittgenstein en estos pasajes. De este modo, por ejemplo, la idea de la verdad como correspondencia con la realidad pertenece a uno de esos contextos en los que considerar que las palabras están por los objetos juega un papel crucial: la ciencia toda se valida en ese

uso. Asimismo, las teorías del significado de la filosofía del lenguaje tradicional descansan sobre la idea de que el significado de una palabra es su referencia. Todas estas eran tendencias del pensamiento y doctrinas a las que el Wittgenstein del Tractatus se suscribía de alguna u otra manera. Podríamos decir, por tanto, que configuraban su imagen del mundo y hacían parte de una forma de vida que podríamos denominar, vagamente, la Europa ilustrada de principios del siglo XX. En esa imagen, la idea de que el ser humano se relaciona con la realidad en la medida en que está en capacidad de representarla fielmente mediante las más arraigadas manifestaciones de la cultura es crucial, porque define lo que Janik y Toulmin llaman “el espíritu de la época del Tractatus”. No es de extrañarse entonces que la idea del lenguaje como espejo de la realidad haya sido el juego de lenguaje que embrujó al por entonces precoz estudiante de Russell y Frege.

Pero ese no es el caso del Wittgenstein maduro. El de las IF es un filósofo volcado hacia el estudio de la vida humana en la que el lenguaje está inevitablemente ligado a la acción y a la cotidianidad de las comunidades lingüísticas. Un lenguaje cuyo fundamento último es la vida misma en todas sus manifestaciones culturales y en cuyo seno, como veremos, se cultivan los más populares problemas filosóficos. No es posible, por tanto, adelantar alguna racionalización del concepto de JL que pretenda apelar al establecimiento de algo esencial en él. A lo sumo, lo único común a todos los juegos de lenguaje es, precisamente, que son juegos. He aquí, sin embargo, algunas de las características principales de la noción recogidas por J. J. Botero:

- El lenguaje es una actividad ligada a la vida de los hablantes.
- El lenguaje es en cierto modo un instrumento, un medio, pues hablar una lengua consiste en emplear símbolos según reglas definidas y con un propósito preciso.
- El lenguaje es una estructura compuesta por entidades funcionales muy diferentes (signos, acciones, objetivos, motivaciones, etc.) (Botero, J. J. 2001: 27).

Estas características, reitero, deben ser consideradas más como claves de lectura que como aspectos fundacionales de una teoría del lenguaje propuesta por Wittgenstein en su más famosa obra póstuma, a pesar de la inclinación natural de considerar que los JL constituyen una unidad fundamental de análisis lingüístico y antropológico, a pesar de que esta inclinación pueda estar perfectamente justificada en las afirmaciones que él mismo hace con respecto a la nueva manera de hacer filosofía que consiste, aproximadamente, en reparar los daños que los malentendidos filosóficos han hecho en el pensamiento, esto se logra afinando el foco de nuestra visión sobre el origen de esos malentendidos y para ello es que sirve la noción de JL: “Los juegos de lenguaje están ahí más bien como *objetos de comparación* que deben arrojar luz sobre las condiciones de nuestro lenguaje por vía de semejanza y desemejanza” (IF, §130)

Capítulo 3: Epílogo y conclusiones

3.1 Juegos de lenguaje y la nueva concepción de la filosofía

Al principio de esta monografía adelanté que la actitud de Wittgenstein hacia la filosofía era prácticamente la misma, tanto en su pensamiento temprano, como en su pensamiento posterior. Esta actitud tiene su clímax en las *Investigaciones* y culmina en la respuesta que da a Moore en *Sobre la certeza*: si queremos encontrar un ejemplo claro de en qué consiste, para Wittgenstein, una confusión filosófica y del tratamiento que el filósofo debe hacer de la misma, no hay un lugar más adecuado que su último libro: este contiene, en efecto, las afirmaciones más contundentes sobre la diferencia de las cuestiones empíricas con respecto a las gramaticales y el papel que tal distinción juega en la solución de los problemas filosóficos más arraigados. La noción de Imagen del mundo y de forma de vida son elementos centrales que deben ser tenidos en cuenta, si es que se quiere un acercamiento adecuado a la comprensión de la distinción empírico/gramatical, en el contexto de *Sobre la certeza* y de la distinción entre las cuestiones lógicas y las empíricas en el contexto del *Tractatus*.

Hice también una pequeña salvedad, pues mencioné que en algunos pasajes de *Sobre la certeza* y de las *IF*, Wittgenstein se recrimina cierto tono que nota en algunas afirmaciones que hace sobre su distinción entre proposiciones empíricas y proposiciones gramaticales o lógicas. Los pasajes de SC son los siguientes:

§319: "... ¿no debería decirse que no hay un límite claro entre proposiciones lógicas y proposiciones empíricas? La ausencia de claridad se da, precisamente, en los límites entre *regla* y proposición empírica"

§321: "Con todo, digo: toda proposición empírica puede transformarse en un postulado –y entonces se convierte en una norma de descripción. Pero también mantengo mis reservas al respecto. *La oración es excesivamente general. Se siente la tentación de decir "teóricamente, toda proposición empírica puede ser transformada..."*, pero ¿qué quiere decir ahora "teóricamente"? Todo esto recuerda demasiado al *Tractatus*". (Cursivas más)

Nótese que lo que explícitamente molesta a Wittgenstein es la tentación de teorizar, la

tentación de hacer oraciones excesivamente generales, tal y como era la meta de las filosofías de la ciencia, de la lógica, de las matemáticas y de la psicología que estaban en boga por la época en la que escribió su primer libro, tendencia que se popularizó en la misma proporción en la que su pensamiento se iba adueñando de las aulas de los departamentos de filosofía de Europa. Con todo, da la impresión de que, una vez aceptado el hecho de que hay una distinción entre proposiciones lógicas y proposiciones empíricas, parece entonces que hemos explicado al menos una gran parte del origen de los problemas en filosofía; parece que hemos descubierto algo que se encontraba oculto en las trampas del lenguaje.

El problema salta a la vista: Wittgenstein no pretende explicar nada en filosofía, ni pretende tampoco alzarse con los créditos propios de quien descubre una nueva ley de la naturaleza; sólo quiere, dice, poner algunas cosas en orden; sólo quiere que veamos y comprendamos correctamente lo que tenemos a simple vista. Básicamente en esto -y en el hecho de que nos insta a aceptar que nacemos ya inmersos en una forma de vida- es en lo que consiste todo el naturalismo que se le imputa; en este sentido, dice Newton Garver, Wittgenstein es un entusiasta de lo dado, porque considérense estas observaciones de las

Investigaciones:

§654: “Nuestro error es buscar una explicación allí donde deberíamos ver los hechos como ‘protofenómenos’. Es decir, donde deberíamos decir: *éste es el juego de lenguaje que se está jugando.*”

§655: “No interesa la explicación de un juego de lenguaje mediante nuestras vivencias, sino la constatación de un juego de lenguaje”

§656: “*¿Con qué fin* le digo yo a alguien que antes tuve tal o cual deseo? -*¡Considera el juego de lenguaje como lo primario!*”

Acá se ve, según Garver, la aceptación por parte de Wittgenstein de los juegos de lenguaje

como algo dado, no es que los juegos de lenguaje tengan que existir, no es necesario que existan, pero existen. “Están ahí como características de la vida humana”. “Wittgenstein es un naturalista, continúa Garver, en el sentido en que da por sentado el hecho de que tenemos una forma de vida complicada cuyas características son accesibles tanto a la observación y la descripción, pero no son susceptibles ni de explicación, ni de escepticismo”. Es este rechazo a la explicación y a la teorización lo que encarna la actitud de Wittgenstein hacia la labor filosófica. Si hubiera que caracterizar esta actitud o ponerle un nombre, cosa harto difícil, este tendría que ser casi que por fuerza, el naturalismo.

Es en el marco de esta actitud en la que se deberían entender todas las afirmaciones de Wittgenstein referentes a la observación de las prácticas comunicativas al interior de la vida humana y a su posterior descripción en aras de una mejor comprensión de las formas que adquiere el lenguaje y del ser humano mismo. En la medida en la que dispongamos de más y más ejemplos y casos específicos de confusiones gramaticales, saltarán a la vista las reglas que rigen los discursos. Llamar la atención sobre la existencia de esas reglas es una de las tareas del filósofo dentro de esta nueva manera de entender la filosofía. Una vez que se ha visto cómo estas reglas regulan el uso de los demás términos del lenguaje, desaparecen las cuestiones que dan origen a los problemas filosóficos tradicionales.

Volver la mirada hacia los JL y estudiarlos en su medio natural significa reconocer, abierta y claramente, que el origen de la filosofía se sitúa en el lenguaje cotidiano y que es cuando exportamos los términos de ese lenguaje al de la filosofía que nos dejamos extraviar: el uso filosófico de las palabras nos extravía. La terapia filosófica consiste en gran medida en devolver los términos a su medio natural y separarlos de las imágenes a las que la naturaleza misma del lenguaje nos lleva a asociarlos:

“Hacemos que las palabras se retrotraigan de su uso metafísico a su uso correcto en el lenguaje. (El hombre que dijo que uno no puede bajar dos veces al mismo río dijo algo falso; se puede bajar dos veces al mismo río).

Y este es el aspecto que tiene la solución a todas las dificultades filosóficas. Sus respuestas, si son correctas, tienen que ser llanas y familiares. Pero se las debe mirar con el espíritu apropiado, pues entonces esto no importa” (OF, §183)

Entender la filosofía como una terapia, después de la cual uno abandona las pretensiones propias de la vieja forma de hacer filosofía, requiere pues de tener un espíritu apropiado. Uno tiene que querer ver la filosofía de este nuevo modo; uno tiene que poder dejar de filosofar cuando quiera, por eso el trabajo del filósofo se vuelca ahora hacia su propia persona. Hay que cambiar por completo nuestra manera de acercarnos a los problemas, pues en filosofía la mayoría de ellos se nos presentan de forma natural y esto se debe, entre otras cosas, al uso metafórico que hacemos de nuestro lenguaje ordinario. Así, por ejemplo pensamos que el significado de un término está relacionado con una imagen que la palabra representa, o que la mente es el lugar donde ocurren los pensamientos. El impulso filosófico, sugiere McGuinn, nos conduce a darle a estas imágenes una literalidad y una fuerza explicativa que en la cotidianidad no tienen; estamos tratando de hacer una teoría de algo que en realidad no es más que un modo de ver las cosas, una manera de expresarnos. Queremos, equivocadamente, buscar en esas imágenes lo esencial del lenguaje, lo oculto, lo que tiene que ser develado para por fin poder comprendernos completamente ignorando algo que para Wittgenstein es fundamental: “Los problemas se resuelven no aduciendo nueva experiencia, sino compilando lo ya conocido. La filosofía es una lucha contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio de nuestro lenguaje” (IF, §109).

Ciertamente, Wittgenstein criticó y rechazó enfáticamente el científicismo de su época que convirtió a la filosofía en una disciplina al servicio de la ciencia. La idea de concebir la

filosofía como una labor decididamente teórica cuya máxima tarea es la de hacer nuevos y sofisticados descubrimientos que aporten nueva información sobre el mundo, encierra una actitud contra la que Wittgenstein reacciona en reiteradas ocasiones y a la que opone una nueva manera de entender, tanto a la filosofía, como al filósofo. La filosofía es una actividad descriptiva que deja ver cómo nuestro lenguaje nos pone trampas que dan lugar a los problemas más tradicionales de esta disciplina. Entender los juegos de lenguaje, por tanto, es la meta que debe perseguir el filósofo y creo que puede verse ya en el argumento a favor de la necesidad de la existencia de los objetos simples en el *Tractatus* -más específicamente en la afirmación de que el análisis de la proposición debe descansar en algo sustancial- el mismo espíritu, talante o temperamento, con el que el Wittgenstein maduro afirma que las explicaciones deben tener un término, un punto en el que la investigación tiene que parar (término que en el TLP es de carácter lógico). Para Wittgenstein el tipo de actitud que se tome con respecto a la investigación de un problema es determinante a la hora de encarar una labor decididamente filosófica; en general, de esta actitud dependerá el concebir la filosofía como una labor aclaratoria, y el método de esta labor deberá ser el del estudio de las gramáticas de nuestro lenguaje.

Esto se ve claramente en el hecho de que, por ejemplo, la demostración de G. E. Moore sobre la existencia del mundo exterior causó en Wittgenstein el estímulo suficiente para que dedicase gran parte de sus últimos años a la elaboración de sus pensamientos al respecto, mismos que fueron recopilados -tiempo después de su muerte- en *Sobre la certeza*, obra que varios comentaristas consideran como punto donde convergen tesis naturalistas y antropológicas sobre el lenguaje que fueron esbozadas en producciones anteriores del filósofo austriaco. En la base de este presunto naturalismo se encuentra la idea de que una

explicación empírica debe tener algún término que “no es una presuposición sin fundamentos, sino una manera de actuar sin fundamentos” (SC, §110), esto es, la idea de que nuestras investigaciones empíricas descansan en algo que debería poderse ver si tuviéramos la oportunidad de hacer un sobrevuelo por la historia natural del hombre.

3.2 Conclusiones

El objetivo de este escrito era mostrar que es posible entender la teoría pictórica de Wittgenstein como el resultado natural de la influencia que por esa época ejerció en él un determinado JL en el que la regla principal consistía en asignar a las palabras la función de ser figuras de los objetos de la realidad. Una lectura de la teoría pictórica desde este punto de vista implicaba sortear la aparente tensión entre el pensamiento del Wittgenstein del TLP con el pensamiento del Wittgenstein de las IF. La tensión entre ambos periodos de su pensamiento consiste en lo siguiente: en el TLP hay un impulso teorizante de explicar la relación entre el lenguaje y la realidad que encarna el ideal de pureza cristalina de encontrar un punto en el que descansa un análisis lógico del lenguaje; este punto era considerado como el aspecto esencial del lenguaje, dado que explicaba cómo este podía reflejar perfectamente la realidad. El espejo refleja el objeto porque ambos comparten la misma forma.

Por el lado de las IF, la consideración del lenguaje desde el punto de vista antropológico implica hacer énfasis en el hecho de que el lenguaje es un acto orgánico, inherente a toda actividad humana inteligente. En este sentido, cada comunidad lingüística desarrolla una forma de vida a la que corresponde un Juego de Lenguaje que le es propio, pero que de ninguna manera responde a una sistematicidad, ni a estructura alguna sobre la que se pueda fundamentar un análisis universal. La filosofía ya no es una actividad al servicio de la ciencia cuya tarea es la de descubrir nuevos hechos, sino más bien una labor de observación

de contextos discursivos en los que los términos y las palabras “viven” en su hábitat natural, sin la contaminación ocasionada por el impulso filosófico. La observación de estos contextos nos permite dar cuenta de los múltiples juegos de lenguaje en los se ponen de manifiesto las reglas que rigen el uso de los términos y los conceptos en contextos específicos. De este modo la idea de que la única función del lenguaje era la de representar la realidad, central en el TPL, entra en conflicto con la idea de que el lenguaje es como una caja de herramientas cuyos usos son variados y determinados culturalmente.

Para eliminar esa tensión se desarrolló la estrategia que acá resumo de manera general: primero me concentré en mostrar y explicar las características principales de cada periodo del pensamiento de Wittgenstein, concentrándome, en lo que respecta al primer periodo, en nociones centrales del Tractatus como la de objeto simple, forma lógica, isomorfismo y forma de figuración. De esas nociones se desprendió la distinción elemental entre proposiciones lógicas y proposiciones empíricas. Es elemental porque esta distinción es el aspecto lógico de la distinción fundamental entre lo que puede ser dicho y lo que sólo puede ser mostrado en filosofía. Este aspecto lógico tiene su correlato antropológico en la segunda etapa filosófica de Wittgenstein.

Segundo, se mostró que la noción de juego de lenguaje –JL- es el resultado del cambio de actitud hacia la labor filosófica que asume Wittgenstein luego de volver a la filosofía después de muchos años. Para ello fue necesario construir esta noción a partir de la explicación de las ideas de forma de vida, imagen del mundo y la relación que ellas guardan con las consideraciones epistemológicas de Wittgenstein en Sobre la Certeza. Es en ese contexto en el que aparece la distinción entre proposiciones empíricas y proposiciones gramaticales como criterios de corrección para examinar el uso de las

palabras en sus contextos originales. Este es, justamente, el correlato antropológico de la distinción “decir y mostrar” en el pensamiento del Wittgenstein tardío⁴.

Tercero, se trató de hacer ver que la teoría pictórica puede ser leída, a la luz de nociones como la de Imagen del Mundo y Forma de Vida, como el juego de lenguaje más exitoso en el contexto académico de la Europa intelectual de principios de siglo XX. Esta manera de entender el lenguaje es un testimonio de que en la historia, o mejor, en la genealogía del pensamiento de Wittgenstein, la idea del lenguaje representacional jugaba un papel determinante en su forma de vida en la medida en que hace parte de la tradición realista que se tomó la epistemología contemporánea por allá en las primeras décadas del siglo XX. En ese entonces el hombre tenía que descubrir qué era o en qué consistía lo esencial de la vida y por ello las escuelas y las doctrinas de ese tiempo se concentraron en buscar lo esencial del lenguaje, de la verdad o del significado. La búsqueda de fundamentos era el objetivo de las agendas filosóficas y científicas de esos tiempos y los resultados de estas angustias intelectuales en Wittgenstein fueron paradójicos: mientras elaboró una crítica a la tendencia teorizante resultado del cientificismo de su época, él mismo adelantó una crítica al lenguaje que trataba de poner límites a lo decible, mediante la explicación de lo inexpresable. Es paradójica porque en su propia explicación reconoce estar cometiendo los mismos delitos que denuncia, esto es, trazar los límites al pensamiento desde afuera de él, o, lo que es lo mismo, querer *decir* en el lenguaje, lo que el lenguaje solo puede *mostrar* cuando dice.

⁴ Recordemos que el hilo conductor que este texto pretendió seguir consistía en demostrar que “Hay una continuidad entre la bien llamada teoría pictórica del lenguaje que propone Wittgenstein en su primera obra y la (...) “teoría de los juegos del lenguaje” a la que se dedicó en la segunda parte de su vida filosófica. Esta continuidad consiste, grosso modo, en mostrar cómo la distinción entre decir y mostrar, fundamental en ambos periodos de su pensamiento, está operando tanto en el desarrollo de la noción de juego de lenguaje desarrollada en las *Investigaciones Filosóficas (IF)* y en *Sobre la Certeza (SC)*, como en la ontología del *Tractatus* que postula la idea de que las características formales (lógicas) del lenguaje se *muestran* en el hecho mismo de la representación figurativa.” (Cfr. Supra, pg. 2)

Este resultado paradójico se disuelve con la noción de JL como “categoría de análisis” filosófico. Buscar el significado de las palabras ya no consiste en verificar si están representando o no un objeto de la realidad, sino más bien, en identificar cuál es el uso que se le está dando a determinado término en un juego de lenguaje.

Uno podría entonces estar tentado a considerar la noción de JL como la unidad fundamental de análisis lingüístico y social que las Investigaciones Filosóficas de Wittgenstein aportaron a la filosofía y a las humanidades. Porque si queremos dirimir o disolver un problema filosófico, sólo tenemos que poner atención a los términos y los conceptos involucrados y estudiar el JL originario para ver sus reglas naturales de uso. De este modo lo único que tendríamos que hacer es observar los movimientos de esos términos en sus contextos originales y compararlos con los realizados por el filósofo en el juego filosófico, para luego llamar la atención sobre su desnaturalización y, finalmente, poner todo en orden. Puestas las cosas de esta manera, es inevitable pensar en el del segundo Wittgenstein como un método y en los JL como una teoría. ¿Pero hasta qué punto es preciso -y justo- hablar de los juegos de lenguaje como un resultado acabado de una teoría filosófica? Ya Wittgenstein en el prólogo de las IF adelanta una respuesta cuando dice que no quiere con su libro ahórrale a nadie el trabajo de pensar por sí mismo. Y pensar por uno mismo es justamente lo que se evita cuando se sigue un método.

Sin embargo hay que concederle a Wittgenstein, como lo han hecho algunas de las ciencias sociales, que el lenguaje no es independiente de los contextos en los que se presenta y que los cambios en las formas de vida determinan inevitablemente cambios en los juegos de lenguaje. Sólo así podemos entender que ese impulso por encontrar un fundamento lógico a

la realidad, característico de la Europa de la primera guerra mundial, hace parte de una imagen del mundo en la que el hombre todavía tiene la misión de descubrir sus propios fundamentos. La teoría pictórica es, de este modo, una consecuencia de un juego de lenguaje que dominó todos los discursos de las eminencias que influenciaron a Wittgenstein: el juego primitivo según el cual las palabras están por objetos.

5. Bibliografía

Obras de Wittgenstein

Cuadernos azul y marrón. Tecnos, Madrid. 2009 (Quinta edición)

Gramática filosófica. UNAM, México. 2006.

Investigaciones filosóficas. Crítica, Madrid. 2008 (Cuarta edición)

Lecturas y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa. Alianza, Madrid.

Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas. Alianza, Madrid.

Ocasiones filosóficas. Cátedra, Madrid. 1997

Sobre la certeza. Ed. Gedisa, Madrid, 2000

Tractatus lógico-philosophicus. Altaya.

Zettel. UNAM, Méxco, 2006.

Bibliografía secundaria

Botero, Juan J. (Ed.). (2001) “La noción de Imagen del Mundo” En: *El pensamiento de L. Wittgenstein*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Diamond, Cora. “Wittgenstein, mathematics, and ethics: Resisting the attractions of Realism”. En: *The Cambridge Companion to Wittgenstein*. Hans Sluga, David G, Stern (Eds). Cambridge University Press. 1996.

Garver, Newton. “Philosophy as Grammar”. En: *The Cambridge Companion to Wittgenstein*. Hans Sluga, David G, Stern (Eds). Cambridge University Press. 1996.

Hacker, P. M. S. *Wittgenstein, la naturaleza humana*. Ed. Norma, 1998. (Trad. Raúl Meléndez Acuña)

- Kenny, Anthony. *El legado de Wittgenstein*. Siglo XXI editores. México, 1990.
- Kober, Michael. "Certainties of a World Picture". En: *The Cambridge Companion to Wittgenstein*". Hans Sluga, David G, Stern (Eds). Cambridge University Press. 1996.
- McGuinn, Marie. McGuinn, Marie. *Wittgenstein and The Philosophical Investigations*. Routledge, New York. 1997.
- Monk, Ray. *Ludwig Wittgenstein. El deber de un genio*. Anagrama. Barcelona, 1990.
- Moore, G. E. "Prueba del mundo exterior" En: *Defensa del Sentido común y Otros Ensayos*, Ed. Orbis, Barcelona, 1983.
- Rorty, Richard. *Philosophy as cultural politics*. Cambridge university Press. New York, 2007.
- Stroll, Avrum. *La filosofía analítica del siglo XX*. SigloXXI de España, Madrid. 2002.
- Stroud, Barry. "Mind, Meaning and Practice". En: *The Cambridge Companion to Wittgenstein*". Hans Sluga, David G, Stern (Eds). Cambridge University Press. 1996.